

A close-up photograph of a woman's face, looking down and to the left. Her right hand is raised, with her fingers covering her eyes. She has brown hair and light-colored eyes. The background is a soft, out-of-focus white.

Dos veces sin
BRENDA

Manuel Julián

MJW
WRITINGS

Título original: **“Dos veces sin Brenda”**
Autor: Manuel Julián
Website: julianswritings.com
E-mail: julianwritings@gmail.com
© **MJW** Manuel Julián Writings

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© Imagen de portada: Kateryna Hliznitsova.
© Diseño gráfico: Edward Owen

Primera edición: enero de 2024

Publicación: Google Play Books
Apple Books

*“El fuego no solo quema lo que toca,
también enciende el miedo en el corazón
de quienes lo miran demasiado cerca”*

Corazón de tinta. Cornelia Funke

1

Palabras sueltas

La sirena del camión irrumpía en la quietud de una ciudad profundamente adormecida, era muy temprano para casi todo, pero no para acudir a una nueva emergencia. Nuestra dotación permanecía sentada, mirándonos en silencio, hasta que la radio golpeó bruscamente nuestros pensamientos:

«Además del traje ignífugo, los que se adentren en la fábrica deberán emplear los respiradores artificiales» —crepitaban los altavoces.

Por un instante acudieron a nuestra mente las rutinas de ese día: las tareas que no habíamos terminado, o los planes para el resto de la semana; sin embargo, todas esas cosas carecían ahora de importancia, no era momento de bromas ni de pensar en nada más que en seguir las instrucciones, éramos conscientes de que nos encontrábamos muy cerca del peligro y esto nos había hecho enmudecer.

Joan, el conductor, hizo girar las ruedas del pesado vehículo de carga que además del sistema de bombeo, transportaba más de 5.000 litros de agua. El caucho de los neumáticos se retorció sobre el asfalto como el cuero nuevo. Minutos después llegamos a nuestro destino, una zona industrial a las afueras de Barcelona. El camión frenó frente a una fábrica de pinturas que ardía a fuego lento. Todo se había llenado de humo, era tan denso y oscuro que engullía la iluminación de las farolas y la ceniza, un cieno volátil como las plumas de un búho, ya había formado una gruesa capa de sedimento sobre el suelo.

—¡Cada uno en su sitio! Eduard, llévate a Lluís.

Lluís era el novato, se había preparado a fondo y completado los entrenamientos con buena nota, pero esto era el mundo real sin simulacros ni postreo. El novato se encontraba en su quinto año de servicio, pero daba igual el tiempo que llevara en el cuerpo, siempre sería el pardillo del equipo.

Ambos sabían muy bien lo que tenían que hacer y saltaron del camión para obedecer en el acto al jefe Cesc. Obedecer era la diferencia entre arruinar la misión o seguir vivos. Corrieron hasta las bocas de incendios y rompieron el cristal, lo habían ensayado cientos de veces, era una acción en cuatro movimientos. En pocos segundos, la presión del agua ya empapaba el techo.

La antigua fábrica era un edificio de ladrillo de tres plantas, con laboratorio, oficinas, el taller y un muelle de carga. Comprobamos cómo la estructura de hierro y cristal, apenas percibía cierto hormigueo, en su lugar, la voracidad de las llamas crecían y se propagaban exponencialmente a los esfuerzos de extinción.

Los primeros en llegar habían traído un contenedor de riesgo químico que se llenaba mediante una bomba neumática alimentada por unas membranas que podían recoger 300 litros por minuto. Sustancias como los barnices, cola o pintura eran extremadamente inflamables.

El equipo de Cesc era la segunda dotación que acudía esa noche, estaba compuesta por siete bomberos, casi todos veteranos, y entre ellos se

encontraba Brenda O'Brien, la teniente estaba especializada en agentes químicos, el comportamiento del fuego en diferentes elementos y atención médica de primera intervención. Solo un cuatro por ciento de mujeres servía en los cuerpos de bomberos, pero O'Brien era tenaz y siempre se esforzaba al máximo. Por ese motivo el resto de la brigada la trataba como a un igual, aunque nadie reconoce que tiene tendencias machistas hasta que sus actitudes lo evidencian. Le había costado mucho trabajo superar las oposiciones y las pruebas físicas de ingreso, pero consiguió hacerse un lugar entre nosotros. Después tuvimos que mantener una distancia de respeto y dignidad para estar a la altura de sus esfuerzos.

El desgastado casco de la teniente O'Brien llevaba además de su apellido y la placa dorada de la ciudad; la graduación y los golpes y arañazos de incontables intervenciones.

—¡Qué miras novato! ¿No habías visto nunca uno como este?

Lluís bajó la mirada hasta sus pechos, ahora cubiertos por una parka gruesa con cintas reflectantes.

—¡Menudo niño! ¡Concéntrate en lo que estás haciendo si no quieres causar un accidente y entorpecer el trabajo! ¡A ver si espabilas!

La familia de Brenda había llegado desde Irlanda cuando ella solo tenía diez años y desde el principio quiso seguir los pasos de su padre, un bombero de Galway. Desafortunadamente no pudo mudarse con ellos. Lo que no hizo el fuego, lo hizo el tabaco, o quizá la mezcla de ambos. Era un buen hombre, esposo y padre, el centro de gravedad de Brenda, y desde entonces se había jurado a sí misma terminar lo que él había comenzado.

La muerte de su padre había abierto una profunda herida que se remontaba a su propia adolescencia, una cicatriz que no terminaba de cerrar.

La cicatriz es el recuerdo de un dolor, una figura de barro intentando reconstruirse. Los lugares nuevos que jamás se podrán reemplazar por los que ya vivimos antes. Son las líneas que dividen nuestros anhelos de la realidad.

Quiero creer que como aquellas vasijas japonesas en las que el arte tradicional Kintsugi une sus fragmentos con un lacado de oro, muchas veces nos sentimos rotos, pero enteros. Para que la cicatriz forme, desde ahora, una parte única de nuestra historia.

—¡Teniente!, habla con el propietario y asegúrate de que no quede nadie dentro de la fábrica, —ordenó el jefe Cesc a Brenda.

—Ya lo he hecho, jefe. Dice que todavía no han localizado al guardia de seguridad.

—¿Qué quiere decir con que no lo han localizado?

—No responde a la radio ni al teléfono. —Añadió ella.

—¿Podría estar todavía dentro? —Preguntó Cesc de nuevo.

Brenda no lo desmintió.

El jefe de bomberos no era lo que se suele decir, una persona sentimental, pero no soportaba la idea de perder a nadie, oficial o civil bajo su mando.

—Si está todavía ahí, tendremos que darnos prisa para sacarlo. ¿Quieres acompañarme?

Mientras el jefe y la teniente se preparaban para entrar, Didac, el sargento, ordenaba el uso del *Aqueous*; una mezcla de espumas acuosas basadas en una combinación de sustancias sintéticas.

Todo estaba orquestado para que tuviera cierta armonía, y en el que cada miembro del equipo seguiría la misma melodía porque sabía exactamente lo que tenían que hacer.

Accedieron por el muelle de carga y Brenda siguió, literalmente, las pisadas de Cesc. A una leve indicación del jefe se apartó de la puerta y este empuñó el hacha. Se detuvo un instante delante del obstáculo, con la mano muy cerca de la superficie de madera, levemente inclinado como en una profunda conversación con Dios. Ambos sabían que para evitar el *backdraft* o explosión

de gases en contacto con el oxígeno puro, nunca se debía abrir una puerta de un solo golpe. Cesc lanzó una última mirada a Brenda y rompió la cerradura. Al momento, un humo negro y denso se filtró a través de la nueva abertura. Cesc, empuñando de nuevo la pesada herramienta, atrajo un poco más la puerta hacia sí y afortunadamente, no hubo deflagración. Después de realizar una última comprobación hizo un gesto a Brenda para que le siguiera.

—¡Recuerda! Longitud, altura y profundidad.

La lección de las tres dimensiones venía a decir: “*no te olvides de mirar también hacia arriba*”, así es que Brenda iluminó con su potente linterna una buena parte del techo.

—Parece que no aguantará mucho tiempo. —Le dijo con voz en cuello.

El agua que se filtraba por la estructura había creado en el suelo charcos de estucado y arena que se adherían a sus botas.

—¿Dónde estamos? —Preguntó Cesc, y al momento una voz metálica desde la central de bomberos respondía:

—Habéis dejado atrás el muelle de carga. A la derecha encontraréis una recepción con sala de espera y a la izquierda un pasillo de oficinas que os llevará hasta la escalera. El laboratorio está en el primer piso.

Cada bombero tenía un detector de movimiento, una especie de GPS de alta definición que se podía rastrear o monitorizar desde la central y que permitía conocer la ubicación exacta de cada miembro del equipo. Este era un recurso mucho más eficaz que el dispositivo acústico del “*hombre caído*”.

El jefe y Brenda avanzaron por el laboratorio, era el camino más corto hasta la zona de vigilancia, el cristal de las paredes estaba ahumado y agrietado por el calor, todo lo demás parecía estar todavía intacto.

El trabajo en la centralita es muy importante. Esto es algo que me repetía a menudo a mí mismo y que constantemente me recordaba el jefe Cesc: «*alguien debe recibir las llamadas de socorro, dar la alarma o escoger la ruta*», en cierto modo estaba de acuerdo con todo esto, pero me costaba mucho esfuerzo adaptarme, me hormigueaban los pies y echaba de menos esa sensación de intensidad afilando todos mis sentidos. Sin embargo, todo el tiempo y las veces que se había reunido conmigo para animarme eran para mí solo palabras.

A veces las palabras se sueltan, cansadas de asirse desesperadamente, y caen en un desierto blanco y frío donde nada crece ni se cultiva. Donde el aire las arrastra y las hace girar hasta que rozan nuestra memoria.

Casi doce años acompañando al jefe y al resto del equipo en todas las emergencias, y ahora estaba aquí, atrapado frente a un micrófono por culpa de aquel estúpido accidente. Una caída de seis metros, que afortunadamente no me dejó parapléjico, pero que, en muchas ocasiones, como ahora, me hacía sentir insuficiente. Delante de mis ojos y enmarcado en la pared estaba nuestro código ético, una serie de consignas sobre los motivos y las certezas que nos impulsaban cada día a hacer lo que estábamos haciendo. De entre aquella lista de preceptos destacaban el compromiso y la lealtad, pero no podía seguir engañándome, el verdadero motivo por el que todavía continuaba en el cuerpo era Brenda y mi ingenua esperanza de que tendría una oportunidad con ella. Por supuesto, el accidente no fue mi única torpeza. Brenda no era, lo que se suele decir, una chica fácil y yo soy el auténtico *dummie* de las relaciones de pareja. Yo y mis absurdos temores: miedo a que solo se acercara a mí por compasión, a no saber cómo comportarme cuando estuviésemos solos, o cómo construir una vida juntos en medio de un crispado ambiente de incendios y riesgos de accidentes. En fin, estaba hecho un lío y tanto tiempo de inactividad me estaba matando, Brenda era en ese momento mucho más que un punto de luz parpadeando en la pantalla y solo podía contar los minutos hasta verla de nuevo regresando a la base.

El estruendoso aviso de la radio me sobresaltó de nuevo:

—Bravo 14 (jefe de la división de equipos) ...Bravo 14. Posible 4.4 (derrumbamiento)

—Oscar 1 (Centralita) Recibido. Paso comunicación al equipo.

La centralita contactaría con el sargento para extremar precauciones.

—Bravo 14... —La voz del jefe Cesc volvía a sonar con mucha arena...

—Código 20 (Persona en peligro) —La teniente y yo estamos en el laboratorio. Tenemos un montacargas a nuestra izquierda, localiza una vía de evacuación rápida, estamos buscando al guardia de seguridad.

La adrenalina regresó en forma de angustia y comencé a deslizar el cursor del ratón por todas las imágenes que aparecían en la pantalla, se trataba de los planos de la antigua fábrica.

—Oscar 1 ... —Salida al exterior en veinte metros, a la derecha hay una puerta cortafuegos con palanca antipánico.

—¡Jefe! —Exclamó Brenda apuntando con su haz de luz un rincón del pasillo en el que asomaban unas piernas con calzado de seguridad.

Podía oír su voz desde la centralita:

—¿Qué pasa, jefe?

—Hemos encontrado al vigilante, procedemos a la evacuación..., ¡Maldita sea! ¿Por qué son siempre tan obesos?

—Debe ser por la alimentación, trabajar de noche o el aburrimiento, —respondió O'Brien arrastrando con Cesc al guardia de seguridad.

Después de esto un fuerte estruendo dejó muda la comunicación, no era una explosión, era más bien como un agudo chirrido acompañado de golpes.

—¡Bravo 14! ¡Bravo 14!... ¡jefe! ¿Qué ha pasado?

La radio estaba en silencio...

De inmediato llamé a Didac...

—Lo siento, Julio, todavía no sabemos nada, se ha hundido el techo, apenas podemos respirar. Pide refuerzos y personal sanitario. —Me respondió el sargento.

—¿Qué pasa con el jefe y Brenda? —Le pregunté de nuevo.

—Aún no han salido. La nube de humo no nos deja ver nada...

Me quedé un instante en el más profundo de los limbos. Era tal mi abstracción que por un momento no recordaba ni dónde estaba. Casi cinco segundos después reaccioné como un poseso llamando a todo el mundo que estuviera despierto y que pudiera conducir una UVI móvil.

La verdad es que, si lo pensaba bien, en realidad no había tenido grandes conversaciones con Brenda, solo algunas frases intrascendentes: —¿Qué tal el fin de semana? ¿Cómo te ha ido hoy? ¿Vendrás a tomarte algo con los chicos?, ese tipo de cosas sencillas y muchas veces a destiempo o fuera de lugar. No lo podía evitar, en cuanto la veía entrar, me sudaban las manos y me atragantaba en mi propia inseguridad. Las palabras, las que podía encontrar, parecían salir de una caverna azotada por las olas del mar, pero era así, lo era siempre y no podía hacer nada a respecto. Me sentía ridículo y muchas veces era consciente de ello.

Ya habían pasado más de media hora y todavía no había recibido ninguna noticia de la fábrica, la espera parecía eternizarse, pero habría sido una negligencia imperdonable abandonar la estación en un acto desesperado por acudir a la fábrica.

—Oscar 1. —Resonó de nuevo en el enorme hangar de bomberos.

—Volvemos a la base. —Reconocí la voz de Didac.

—¿Ha ido todo bien? —le pregunté saltándome todo el protocolo de comunicaciones.

—El jefe, Brenda y un guarda de seguridad han sido trasladados al hospital por equipos sanitarios, nosotros hemos sido sustituidos, llegaremos en unos minutos.

—Nos vemos ahora, —¡corto!

Julio estaba en la centralita absorbiendo toda aquella información, dejando que viejos fantasmas acudieran de nuevo, la intensidad de aquel silencio caía sobre él como una lluvia de piedras.

El camión entró en la estación de bomberos todavía humeante y sus compañeros desprendían vapor por todos los poros, las botas dejaron un rastro de ceniza hasta las duchas. No había mucha conversación, ni bromas. Los movimientos eran pesados y lentos.

—¿Qué ha pasado? —Me apresuré a preguntar.

—Lo siento, Julio, el techo no aguantó y ahora tenemos al jefe y la teniente en el hospital.

—Pero..., ¿Están bien? —La angustia intensificaba el tono de mi voz.

—¡Un desastre, todo se ha derrumbado! —Añadió Lluís, el novato.

—¡Lluís, déjalo!, aún no tenemos suficiente información, —Le reprendió Didac.

—Yo solo decía...

—Hablas demasiado..., antes de la ducha, limpia todas las mangueras y déjalas perfectamente enrolladas en sus carretes... —Lluís entendió que había sido demasiado impulsivo y que ahora lo que menos necesitaban era llenar a los demás de incertidumbres. La conversación había finalizado y Didac le dio un cariñoso manotazo con sus guantes en el hombro.

—Date prisa, que hoy tenemos pizzas y ya sabes que el último paga...

¿Quieres saber algo más sobre Julio y Brenda, o cómo continúa esta historia?

Escribe al autor: julianwritings@gmail.com

julianwritings@icloud.com

